

excitó á la penitencia que requería el remedio de sus males.

GEDEON, QUINTO JUEZ.

En efecto, mientras que este profeta hacia conocer á Israel la indignacion del Señor, le reducía á la penitencia y se retiraba, otro ministro suyo, un ángel le preparaba el libertador que le habia de sacar del poder de sus enemigos. Este ángel del Señor tomó la apariencia de peregrino y vino á sentarse bajo de una encina que habia en Efra y pertenecía á Joas, de la familia de Ezri. Tenia Joas un hijo, hombre ya hecho, llamado Gedeon, el cual se hallaba allí ocupado en trillar y limpiar el grano en su lagar para esconderlo de los Madianitas. El Señor es contigo, varon fuertísimo, dijo el ángel á Gedeon. Miró Gedeon al peregrino, y su presencia y su continente le hicieron creer que era un hombre extraordinario, ó algun profeta, y así le dió el tratamiento. Decidme, señor mio, le contestó : si el Señor es con nosotros ¿porqué nos han tomado todos estos males ? ¿Dónde estan aquellas sus maravillas que nos contaron nuestros padres, diciendo : El Señor nos sacó de Egipto ? ¿Cómo ahora nos ha entregado en la mano de Madian ? Anda, le dijo el ángel, y con esa tu fortaleza librarás á Israel de la mano de Madian. ¿Y cómo, señor mio, replicó Gedeon, podré yo librar á Israel ? Mi familia es la última de Manasés y yo el menor en la casa de mi padre. Yo seré contigo, dijo el ángel, que ya aquí hablaba en nombre del Señor ; yo seré contigo y tú derrotarás á Madian como si fuera un solo hombre. Si he hallado gracia delante de vos, dadme, suplicó Gedeon, una señal de quién sois y no os retireis de aquí hasta que yo vuelva, traiga un presente y os-le ofrezca. Y dijo el ángel : Yo esperaré hasta que vuelvas. Entróse, pues, Gedeon en su habitacion, coció un cabrito y de un modio ó medida de harina hizo panes ázimos, lo llevó todo bajo de la encina, se lo presentó al desconocido y

este dijo : Toma la carne y los panes y ponlo sobre aquella piedra y derrama encima el caldo. Así lo hizo Gedeon, y habiéndolo tocado el peregrino con la vara que traía en la mano, salió fuego de la piedra y todo lo consumió, y el peregrino desapareció.

¡Ay de mí ! exclamó entonces Gedeon, viendo que habia sido un ángel con quien habia estado hablando. ¡Ay de mí, Señor Dios, que he visto un ángel cara á cara ! Era una creencia entre los Israelitas que despues de ver á un ángel era preciso morir, y esto temió Gedeon ; pero el Señor le dijo : Paz contigo. No temas, no morirás. Edificó Gedeon un altar al Señor sobre la piedra en que habia puesto el cabrito y panes ázimos que consumió el fuego que salió de la piedra, y le llamó *paz del Señor*, cuyo nombre conservó á la posteridad la memoria de este admirable suceso. En la noche de aquel día dijo el Señor á Gedeon : que tomase dos toros, uno de siete años : que destruyese el altar de Baal, ídolo de su pueblo de Efra : que cortase el bosque profano que lo rodeaba : que llevase leña de la cortada y la encendiese sobre el altar que habia edificado en la piedra ; y que ofreciese el primer toro en sacrificio de paz y el segundo en holocausto. El toro de los siete años que, ofrecido en holocausto era todo quemado y consumido, significaba que se habian concluido los siete años de la opresion que sufrían de los Madianitas y que iba el Señor á sacarlos de ella.

Gedeon, habiendo tomado consigo diez de sus criados, hizo lo que el Señor le habia mandado. Mas por temor de la familia de su padre y de los hombres de aquella ciudad que adoraban á Baal, no lo quiso hacer de dia, sino que lo ejecutó todo de noche ; y á la mañana, levantados los hombres de aquel pueblo, vieron destruido el altar de Baal, y cortado el bosque y el uno de los toros sobre el altar que se habia erigido en la piedra, y dijeron los unos á los otros : ¿Quién ha hecho esto ? Y como hiciesen las mas vivas diligencias por averiguar el autor de este atentado, se les dijo : Gedeon, hijo de Joas, ha

hecho todo esto. Furiosos contra él, dijeron á su padre: Saca tu hijo para que muera, porque ha destruido el altar de Baal y cortado el bosque. ¡Parece increíble que hubiese hijos de Israel, que no pudiendo desconocer al Dios de la verdad, defendiesen á los dioses de la mentira hasta intentar la muerte de un fiel Israelita y querer matarle como sacrilego aquellos mismos que segun la ley debian morir como idólatras! Pero tal era la corrupcion y la ceguera de los Efraitas. Joas no solo no entregó su hijo á aquellos apóstatas de la ley santísima de Dios, sino que les respondió con una burla y desprecio del ídolo que, si no les confundió y avergonzó, á lo menos les aplacó, y dejaron de pedir su muerte. Desde aquel dia Gedeon, por este hecho, se llamó tambien *Jeroboal*, ó litigador con Baal. Gedeon ó Jeroboal se aprovechó de la sensacion que habia causado su arrojo para disponer á sus hermanos y familias á que renunciassen á la idolatría y volviesen á entrar en los caminos de la religion. Acaso les descubriría tambien las comunicaciones que la bondad del Señor le habia hecho y su destino á librar el pueblo de Israel de las manos de los Madianitas y demás naciones orientales. Lo cierto es que pocos dias despues de este ruidoso suceso, sus hermanos y sus principales paisanos los idólatras de Efra eran ya los primeros y mas ardientes cooperadores á los intentos de Jeroboal.

Mientras que se destruía el altar de Baal y se cortaba el infame bosque en Efra, se reunían Madian, Amalec, y todos los pueblos orientales para hacer su irrupcion en la tierra de Israel como todas las primaveras, y á pocos dias pasaron el Jordán en número de ciento treinta y cinco mil hombres con la multitud innumerable de sus bestias y ganados, y se acamparon en el hermoso valle de Jezrael para extenderse por aquel fértil pais; pero Israel no estaba ya en la desgracia de Dios; el grueso de la nacion se habia reconocido y renunciado á la idolatría; habia vuelto al Señor sus ojos é implorado sus misericordias; y ya los enemigos en el año octavo no habian

de hallar, como en los anteriores, Israelitas cobardes y pusilánimes que les abandonasen sus campos y sus sembrados sin resistencia.

El espíritu del Señor rodeó á Gedeon cuando ellos acampaban ya en el valle de Jezrael, y le comunicó aquel valor que piden las felices batallas y las grandes victorias. Poseido Gedeon de este espíritu de fortaleza, tomó la trompeta de guerra y tocó llamada á los hombres de la casa de Abiezer, que era la de su familia, y luego se unió á él. Al mismo tiempo envió mensajeros á todos los pueblos de Manasés que tambien le siguieron, y á las tribus de Aser, Zabulon y Neptalí que vinieron á su encuentro, y en pocos dias se halló al frente de treinta y dos mil hombres, prontos á seguir al general que Dios habia escogido para librarles de las irrupciones y talas de Madian. No convidó á esta guerra á las tribus meridionales, regularmente porque los enemigos no llegaban á sus tierras. Tampoco convidó á la de Efrain aunque era su vecina y aliada, porque esta tribu al paso que valiente era orgullosa, y como el general no era de ella sino de la de Manasés, podria resentirse, y Gedeon juzgó que no le convenia tener bajo de su mando á unos hombres indóciles por buenos soldados que fuesen.

Por otra parte, tenia ya bastantes y aun muchas mas tropas que las que habia de emplear en el combate. Pero Gedeon, así como no cuidaba mucho de aumentar soldados, con nada se daba por satisfecho en cuanto á la proteccion del Señor. Quería estar bien asegurado de ella y hacer ver á sus soldados que era elegido por Dios para esta guerra, á fin de que contasen tambien ellos sobre todo con esta divina proteccion, y para ello se determinó á pedir milagros. Rodeado de sus treinta y dos mil hombres, levantó sus ojos al cielo y dijo al Señor: Si habeis de salvar á Israel por mi mano, concededme una prueba. Yo pondré un vellon de lana en la era. Si el rocío cayese en solo el vellon y toda la tierra estuviere seca, sabré que salvaréis á Israel por mi mano. Dejó

Gedeon un vellon aquella noche en la era, y levantándose muy de mañana halló que había sucedido como lo pidió. Exprimió el vellon y llenó una taza de rocío. Gedeon desconfiaba mucho de sí mismo y se atrevió, como Moisés, á pedir otro milagro en sentido opuesto al primero, diciendo al Señor : No se encienda vuestro furor contra mí, si intentase otra prueba en el mismo vellon. Ruégoos que solo el vellon quede seco y toda la tierra mojada del rocío, y el Señor lo hizo tambien aquella noche como lo había pedido Gedeon. Solo en el vellon hubo sequedad, y rocío en toda la tierra. Sin duda que en esta ocasion llegaron hasta una especie de exceso la libertad de Gedeon para con Dios y la condescendencia del Señor para con Gedeon; pero si su Majestad repitió los milagros de su omnipotencia por la importunidad de un hombre, no tardó tampoco en pedir á este mismo hombre milagros de confianza.

Durante la noche inmediata partió Gedeon de Efra al frente de sus treinta y dos mil hombres y fué á acampar sobre el valle de Jezrael, junto á una fuente llamada Harad, tocando muy de cerca con los Madianitas, que en número de ciento treinta y cinco mil se extendian en el valle á la parte setentrional de un collado. Á la verdad que era necesaria una resolusion de arrojo para atreverse á acercarse solo treinta y dos mil hombres á un ejército de ciento treinta y cinco mil con ánimo de acometerle; pero no fué esto lo mas. El Señor quiso hacer pruebas de la confianza que exigia á Gedeon. Tienes muchos soldados, le dijo. Madian no será entregado en tus manos porque no se glorie contra mí Israel y diga : Por mis fuerzas me libré. Habla al pueblo y manda dar este pregon para que le oigan todos : El medroso y el tímido vuélvase; y se volvieron veinte y dos mil, quedando solos diez mil. No esperaria Gedeon que un número tan grande de sus soldados reunidos á él sin ser forzados, y testigos de dos milagros que aseguraban su eleccion de general y libertador de Israel, se aprove-

chaban tan generalmente y con tanta precipitacion de la libertad que se les concedia; pero la firmeza y el valor estan en manos del Señor, y sus designios dejaron entregados todos estos corazones á la corbadía.

No hizo vacilar á Gedeon una desercion tan lastimosa y estaba pronto á ir al combate con su reducido ejército; mas esta primera prueba de su constancia y su fe, aun no correspondia bastantemente á los dos prodigios que habia exigido de su Dios, y le dijo el Señor : Todavía hay muchos soldados contigo. Lléalos á las aguas y yo los probaré allí. El que yo te dijere que vaya contigo, ese ha de ir; y al que yo vedaré ir, vuélvase. Llevó Gedeon su pequeño ejército á un arroyuelo que nacia de la fuente Harad, y cuando ya estaban á su orilla, le dijo el Señor : Pondrás á un lado los que lamieren el agua con la lengua á manera de los perros, y á otro los que doblaren las rodillas para beber; y fueron que los habian lamido el agua echándola en la boca con la mano, trescientos hombres. Todo el resto de la gente habia doblado las rodillas para beber. Entonces dijo el Señor á Gedeon : En los trescientos hombres que han lamido el agua os libraré y pondré á Madian en tu mano. Mas toda la demás gente vuélvase; y habiendo tomado víveres y trompetas segun el número de soldados que le quedaban, mandó que todos los demás se fuesen á sus tiendas. Sufrida esta segunda prueba correspondiente al segundo milagro que habia exigido del Señor, se dispuso, lleno siempre de obediencia y confianza, á ir al combate con sus trescientos hombres.

El campamento de Madian estaba abajo en el valle. Aquella misma noche dijo el Señor á Gedeon : Levántate y baja al campamento de los Madianitas, porque los he entregado en tus manos, y si tienes miedo de ir solo, baje contigo Fara, tu criado, y oyendo lo que hablan, se fortalecerán tus manos y bajarás mas seguro al campamento de los enemigos. Bajó, pues, Gedeon y Fara, su criado, hácia la parte del campamento donde estaban

las centinelas del ejército. Los Madianitas, Amalecitas, y todos los pueblos del oriente, se hallaban extendidos por el valle como una multitud de langostas, y sus camellos eran asimismo innumerables como la arena que está en la playa del mar. Habiéndose acercado Gedeon, oyó que uno de ellos contaba á su inmediato un sueño y le referia en esta manera: He visto un sueño y me parecía que se rodaba un pan de cebada como cocido bajo de la ceniza, y caía sobre el campamento de Madian, y que habiendo llegado á la tienda, la dió un golpe, la trastornó y la echó enteramente por tierra; y le respondió aquel á quien lo contaba: Esto no significa otra cosa que la espada de Gedeon, hijo de Joas, varon israelita, porque el Señor ha puesto en su poder á Madian y todo su campamento.

Cuando Gedeon oyó el sueño, adoró al Señor y volvió al campamento de Israel, diciendo: Levantáos, porque el Señor ha puesto el campamento de Madian en nuestras manos. Dividió Gedeon en tres partes sus trescientos hombres y puso en las manos de cada uno de ellos una trompeta y un cántaro vacío, y una hacha encendida en medio del cántaro, y dijo: Lo que viéreis que yo hago, hacedlo vosotros. Yo entraré por un lado en el campamento. Imitad lo que yo hiciere. Cuando sonaré la trompeta que tengo en mi mano, haced sonar tambien las vuestras y clamad todos, dando grandes voces y diciendo: *al Señor y Gedeon*. Por un lado del campamento se acercó Gedeon con su tercera parte de cien hombres, y lo mismo hicieron las otras dos por otros lados, situándose todas tres partes en iguales distancias unas de otras y cercando con trescientos hombres á un ejército de ciento treinta y cinco mil. Esto era á la media noche, cuando se mudaban las guardias. Dió la señal Gedeon tocando su trompeta y luego tocaron las suyas los cien hombres que tenia consigo, y los doscientos que se hallaban en los otros puestos, de modo que á un tiempo se oyó el clamor de guerra en rededor de todo el

campamento. Quebraron los cántaros, dándoles fuertemente unos contra otros y causando un ruido extraordinario que jamás se habia oido en los asaltos. Tomaron las hachas encendidas en la mano izquierda y las levantaron en alto, y continuando con las trompetas en la derecha, no cesaban de tocar lo mas alto que podian, y de gritar: *la espada del Señor y de Gedeon*. No se movian de sus puestos, pero no cesaban de gritar unas veces y tocar otras las trompetas, ni de tener en alto las hachas encendidas.

Con esto, el pavor, la confusion y el desórden se apoderó del campamento. Todos clamaban y cada uno huia por donde podia en medio de aquella tenebrosa noche, sin descubrir otra luz que la temerosa de las hachas que tenian levantadas sus enemigos: ni otra voz de órden para la defensa que las terribles palabras de: *la espada del Señor y de Gedeon*, ni otro toque á llamada que el continuo ruido de las trompetas. Se atropellaban los unos á los otros; caian en tierra dando gritos y aullidos, y queriendo defenderse de sus enemigos, que creían ya extendidos por el campamento, se mataban y destrozaban unos á otros sin darse cuartel. En esta matanza se pasó el resto de la noche y en pocas horas el hermoso campo de Jezrael quedó teñido de la sangre de los Madianitas, sin que Israel vertiese de ellos ni una sola gota.

Llegó el dia, y á pesar de toda su claridad el espanto y el terror no les permitian ver que no tenian sobre sí mas que trescientos enemigos, y solo pensaban en correr con mas fuerza y ligereza luego que tuvieron luz para ver por donde podian huir. Dejaron sobre el campamento, que se habia convertido en campo de batalla sangrienta, un espantoso número de muertos, y corrieron en dispersion por todas partes, anhelando á pasar el Jordán para salvarse en su tierra. Llegaron á las cercanías de Beseta y Abelmehula, ciudades poco distantes del rio, pero al ruido de la derrota habian acua-

dido y cargaban sobre ellos las tropas que despidió Gedeon en número de mas de treinta y un mil hombres; las que, ó no habian soltado las armas, esperando la victoria de su general, ó no habian tenido tiempo de soltarlas. Por todas partes volaba la noticia de la derrota, y de todas acudian los hijos de Israel á cargarlos y destruirlos. Gedeon y sus trescientos valientes tirando las hachas y empuñando las espadas perseguian y acuchillaban á los fugitivos con furor, y la mortandad de los Madianitas era espantosa. El general sin perder momentos, habia dado avisos á la tribu de Efrain, que era la mas cercana al punto por donde podrian pasar el Jordán los enemigos, para que ocupase todos los vados y les cortase la retirada. Todo Efrain gritó y corrió á las armas, y ocupó los vados tan á tiempo, que de la asombrosa multitud de Madianitas, Amalecitas y demás orientales que habian acampado en Jezrael, solo quince mil hombres lograron pasar el rio. Todos los demás, en número de ciento y veinte mil, fueron muertos, parte por ellos mismos en el campamento, parte por Gedeon y sus valientes que les persiguieron en la huida, parte por las tribus que les cargaron por los costados, y parte en fin por la de Efrain que les acometió de frente al querer pasar los vados. Los de esta tribu hallaron á Oreb y Seb, dos de los cuatro reyes de Madian que se habian escondido, el primero bajo de una peña y el segundo en un lagar, y los decapitaron allí. Por la muerte de estos dos príncipes se hicieron notables aquellos dos sitios, y se llamaron en adelante *Piedra de Oreb y lagar de Zeb*. Los Efraimitas continuaron en perseguir á los Madianitas hasta el otro lado del Jordán, y llevaron á Gedeon, que ya tambien se hallaba allí, las cabezas de los dos reyes.

Con motivo de haber preferido el patriarca Jacob á Efrain, hijo menor de José, á Manasés, que era el mayor, en la bendiccion que les echó al tiempo de morir, estaban los Efraimitas tan orgullosos especialmente con los

Manaseitas, que no pudieron ahogar aun entre el gozo de la victoria la envidia y enojo que les causaba ver á Gedeon, que era Manaseita, ocupando el primer lugar en tan glorioso triunfo: así es que se acercaron á él y le dijeron con una altivez insufrible é imperdonable: ¿Qué es lo que has querido hacer con no llamarnos cuando ibas á combatir contra Madian? Hablaban tan recio que manifestaban estar dispuestos á llevar sus quejas á la decision de la espada, y si Gedeon les hubiera contestado como merecian, habria sido preciso que lo decidiesen las armas; pero el general tenia otro negocio mas urgente que concluir, y supo contener su justo enojo dejando al Señor el castigo que exigia esta insolencia, y que se verificó medio siglo despues en tiempo de Jepté, nono juez de Israel, por otro insulto semejante, como veremos en su historia. Gedeon se habia mostrado valeroso y obediente á Dios en la batalla, y ahora se muestra humilde y sufrido con los hombres en la victoria. ¿Y cómo, respondió á los Efraimitas, podria yo hacer una cosa igual á la que vosotros habeis hecho? Pues qué, ¿no vale mas un racimo de Efrain que las vendimias de Abiezer? (Esta era la casa de Gedeon.) El Señor puso en vuestras manos los príncipes de Madian Oreb y Zeb. ¿Qué cosa pude yo hacer igual á la que vosotros habeis hecho? Y con esto calmó la ira de los Efraimitas que se habian irritado contra él. Sin embargo no se le incorporaron para concluir la destruccion de los Madianitas, ni Gedeon tenia mucha gana de que le siguiesen unas tropas tan peligrosas. Tampoco pasaron el Jordán las otras tribus.

Gedeon se contentó con sus trescientos valientes, de los cuales no le faltó ni uno solo en tan gloriosa victoria; mas esta, por gloriosa que hubiese sido hasta aquí, no la juzgaba completa mientras quedasen enemigos que derrotar. Tenian aun los Madianitas quince mil hombres comandados por dos de sus príncipes, á los cuales no habia podido alcanzar en la huida. Su deseo era

no soltar las armas de la mano hasta acabar con este resto de enemigos y hacerse dueño de los dos reyes que los comandaban; pero estaba rendida su gente de cansancio y hambre. No habian dormido, ni comido, ni dejado de trabajar y pelear en la noche y en el día, ni parado á tomar víveres por no perder ni un momento de tan precioso tiempo. Se hallaban á las puertas de Socot, y dijo Gedeon á los de aquella ciudad: Dadme, os ruego, pan para la gente que está conmigo, porque está muy desfallecida, para que podamos perseguir á Zebee y Salmana, reyes de Madian. Creía el general que los Israelitas de Socot se juzgarian obligados y darian por servidos en socorrer á unas tropas que habian hecho ya tanto para la libertad de toda la nacion y que iban á concluir esta inapreciable obra, pero se engañó. El atrevimiento de los Efraimitas habia ya llegado á Socot y sus vecindades. La impunidad habia formado atrevidos; y Gedeon no sacó de su indulgencia mas que nuevos insultos. Los principales de Socot tuvieron la inhumanidad de negarle el socorro debido de toda justicia, y la desvergüenza de contestarle con una indigna burla. Pues qué, le dijeron, ¿tienes ya en tu poder las palmas de las manos de Zebee y Salmana para pedirnos que demos pan á tu ejército? Esta inhumanidad y ultraje reunidos no debian quedar sin castigo; pero era necesario tiempo y Gedeon no le tenia sin exponerse á no acabar con sus enemigos, y así solo les dijo estas breves pero terribles palabras: Cuando el Señor pusiere en mis manos á Zebee y Salmana, yo trillaré vuestras carnes con las espinas y abrojos del desierto. Pasó de allí á Fanuel y habló á los de aquella ciudad las mismas palabras, y ellos le respondieron como los vecinos de Socot, y tambien les dijo: Cuando volviere vencedor en paz, destruiré esta torre, que fué decirles: Vosotros confiáis en esta torre que defiende vuestra ciudad; yo la derribaré cuando vuelva victorioso, y entonces castigaré vuestra inhumanidad y atrevimiento.

Pero, al fin, el general se vió precisado á sufrir la falta de socorro que pedia para sí y para su tropa; mas tuvo bastante ascendiente para lograr que sus trescientos valientes no solo le siguiesen animosos lo restante de aquel día, sino que asaltasen y derrotasen á los enemigos en aquella misma noche.

Zebee y Salmana habian recogido, como ya dijimos, quince mil hombres de ejército derrotado y habian huido á tierras bastante distantes para creerse seguros y libres de las armas de los Hebreos. Gedeon tomó el camino por desiertos, donde solo habitaban tribus errantes bajo sus tiendas. Estas serian acaso las que proporecionasen el socorro que necesitaba, ó en otro caso Dios, que preparaba la victoria, supliria las fuerzas. Lo cierto es que avanzando por aquellas soledades, Gedeon ocultó tan completamente su marcha á los fugitivos, que sin ser advertido, cargó sobre ellos en la oscuridad de la noche, y no solo les desordenó, persiguió, acuchilló y derrotó, sino que alcanzó é hizo prisioneros el día siguiente á Zebee y Salmana, que se habian huido al tiempo de la derrota.

En aquel mismo día tomó la vuelta Gedeon con sus prisioneros, y el siguiente, antes de salir el sol, se hallaba ya á la vista de Socot. Cogió un mozo que salia de la ciudad, le preguntó el nombre de los príncipes y ancianos de ella, y escribió setenta y siete. Entró en Socot con su tropa y prisioneros, y dijo á los principales: Aquí teneis á Zebee y Salmana, sobre los cuales me insultásteis diciendo: ¿Acaso estan en tu poder las manos de Zebee y Salmana para pedirnos que demos pan á tus tropas que estan cansadas y desfallecidas? Tomó, pues, setenta y siete principales de la ciudad y con espinas y abrojos del desierto trizó y desmenuzó sus carnes, ejecutando el castigo con que les habia amenazado. Pasó á Fanuel, batió la torre, y la derribó despues de haber pasado á filo de espada á los principales ciudadanos que se habian encerrado en ella.

Ya no restaba mas á Gedeon que determinar la suerte de Zebec y Salmana, á los que habria sacrificado á la Justicia divina en el acto mismo de su prision, si no hubiera sido en cierto modo necesario presentarlos vivos á los insultadores de Socot y Fanuel para ejecutar el castigo merecido. Como este se habia ya verificado y era asunto concluido, los condenó á muerte como enemigos capitales del pueblo del Señor; pero antes quiso saber si habian sido muertos por ellos algunos de sus hermanos que desaparecieron en las últimas irrupciones que habian echo en la tierra de Israel estos Madianitas, y les preguntó: ¿Cómo eran los varones que matásteis en el Tabor? Parecidos á ti, respondieron, y uno de ellos así como hijo de un rey. Hermanos míos eran, hijos de mi madre, exclamó aquí Gedeon, conmovido é indignado: vive el Señor, que si les hubiérais conservado la vida, yo conservaría la vuestra. Gedeon podia conservársela, porque los Madianitas no estaban condenados por Dios al exterminio como los Amorreos, y acaso fué este un segundo motivo de conservar vivos estos dos príncipes á fin de canjearles con sus hermanos, si no habian perecido en la mortandad del Tabor; pero salieron fallidas sus esperanzas y Zebec y Salmana fueron muertos allí mismo. Con la muerte de estos dos reyes concluyó la derrota de los Madianitas y demás naciones orientales, y principió la libertad, la paz y el descanso de Israel.

Era ya tiempo de que este grande hombre, despues de haber librado al pueblo de Dios como guerrero, de la opresion de sus enemigos, entrase á gobernarle como juez, en nombre del Señor que le habia elegido. Repasó el Jordán y se volvió á Efra, su ciudad, con sus trescientos valientes, que quizás la mayor parte eran hijos de ella y de su misma familia, acaso aquellos mismos que con tanto ardor le siguieron cuando tocó llamada á esta desigual y asombrosa guerra; y Gedeon, aquel Jeroboal que con tanto empeño fué pedido para la muerte porque habia destruido el altar de Baal y cortado el bosque pro-

fano, fué ahora recibido con un recogido muy superior al odio que entonces le manifestaron. Luego vinieron á Efra los príncipes, los ancianos y los jueces de todas las tribus y una multitud de pueblo á presentarse á su insigne libertador, y á rendir en nombre de todo Israel el mas profundo agradecimiento á los inmensos beneficios que ascababa de concederles el Señor por su valeroso brazo.

En vista de las muchas y grandes hazañas que acababa de ejecutar este hombre prodigioso con tan pocos socorros humanos, no era posible dejar de conocer que el valiente Gedon era el hombre de la diestra del Señor, y que despues de Moises y Josué, no se habia visto en Israel otro á quien debiesen los Israelitas mayores obligaciones. Así es que el agradecimiento de todo el pueblo fué tal, que habria llegado á un exceso si el humildé varon de Efra no hubiera poseido una modestia igual á su valentía. Quisieron hacerle rey, y que tambien reinase sobre Israel su descendencia. Sé tú nuestro príncipe, le dijeron, y tu hijo y el hijo de tu hijo, porque nos has librado del poder de Madian. Á la verdad que si los hijos de Israel hubieron podido tomar rey, no podrian haber elegido mejor, porque Gedeon merecia serlo; pero este virtuoso Israelita no se dejó deslumbrar del brillo de la corona que ha cegado á tantos mortales. Sabía que no debia ocupar este puesto y lo sabía mejor que los que se le ofrecian, y así les respondió: No seré yo vuestro príncipe, ni tampoco lo será mi hijo, sino que será el Señor quien mandará sobre vosotros.

Queda dicho que Dios por su bondad hácia el pueblo que se habia escogido, quiso ser su monarca, y Gedeon en su negativa recordó á los hijos de Israel que era de Dios su monarquía; que él era un mero ejecutor de sus ordenaciones, y que se daria por satisfecho y bien pagado, si lograba, siendo juez, que abandonasen para siempre la idolatría, adorasen y amasen al Señor, y guardasen sus mandamientos: mas pareciéndole que podrian

quedar mortificados si no recibia algun otro obsequio, ya que no le era dado tomar la corona, les dijo : que para no aparecer ingrato recibiria los zarcillos que habian tomado en esta guerra á los enemigos. La multitud de Israel que habia concurrido, oyó la propuesta con sumo gusto, y al momento tendieron una capa en el suelo y echaron en ella, no solo los zarcillos, sino tambien los adornos, joyeles y vestidos de púrpura que habian tomado á los Madianitas, y los collares de oro de sus camellos, habiendo pesado solamente los zarcillos mil y setecientos siclos de oro, que equivalen á unos doscientos treinta y ocho mil reales. Gedeon, desinteresado y desprendido, no aceptó esta cuantiosa ofrenda de tan preciosos tesoros por enriquecerse. Mandó hacer de ellos un efod magnífico y colocarle en su casa de Efra.

No se sabe cuál era el vestido ó adorno de distincion que usaban los jueces de Israel, ni las decoraciones propias de su dignidad, ni el uso que hizo Gedeon de este magnífico ropaje. El efod era una de las principales piezas que componian las vestiduras del gran sacerdote ; y de aquí han nacido las dudas acerca del efod de Gedeon. Los que creen que este efod era el ornamento que usaba el gran sacerdote cuando consultaba al Señor, dicen : que Gedeon no le hizo sino para estar siempre en estado de consultarle, aun en su casa, pero no por sí sino por medio del sumo sacerdote. Los que piensan que este efod nada tenia de sagrado, dicen : que le mandó hacer para los dias de gran ceremonia, en que tenia que presentarse como juez al frente de Israel. Esto parece lo mas creible, porque el efod del sumo sacerdote era un ropaje sin mangas, corto y estrecho, y que solo cubria el pecho y la espalda, y no era apenas posible acomodar tanta cantidad de oro sobre una tela tan pequeña. Pero sea de esto lo que fuere, no se puede dudar : que Gedeon tuvo intenciones muy rectas en la hechura de este efod : que no abusó de él en su vida, ni otra persona alguna ; y que en nada se le puede imputar el criminal destino que

despues de su muerte le dieron los idólatras de Israel, vistiendo y adornando sus abominables ídolos con el efod de Gedeon, que fué siempre el enemigo mas declarado de los ídolos. Mas como Gedeon fué inocente en la hechura del efod, el Señor le excusó el dolor de ver su abominable abuso.

Los largos años de su judicatura fueron puros, religiosos y pacíficos. Israel sirvió al Señor solo y con fidelidad, y los pueblos de Madian y sus aliados quedaron tan debilitados y humillados que ya no volvieron á levantar cabeza. Establecido Gedeon en su ciudad de Efra, de quien era el adorno y la gloria; querido y respetado de todo Israel, de quien era el salvador y el santo juez, no se ocupó en otra cosa el resto de su vida que en llenar las altas obligaciones de su cargo ; en hacer que se adorase y amase al Señor ; que se acatasen y cumpliesen sus divinas leyes, y que triunfase la religion.

#### Muerte de Gedeon.

Cuarenta años se cuentan desde la muerte de Barac, á quien sucedió Gedeon, hasta la de este grande hombre ; pero como entre estos dos jueces mediaron los años de los desórdenes de Israel y los de su castigo, no se pueden averiguar á punto fijo los de su judicatura. Por lo menos fueron treinta, y debieran ser trescientos para dicha de Israel. Tambien se ignora la edad en que murió y solo sabemos que fué en una santa y venerable ancianidad y en su ciudad de Efra, dejando una familia numerosa compuesta de setenta hijos, y un pueblo á quien hizo dichoso en todo el tiempo de su gobierno, y que lo habria sido siempre si hubiese imitado su conducta y tomado sus lecciones y consejos. Fué enterrado en su ciudad, en el sepulcro de su padre Joas. San Pablo cuenta á Gedeon con Samuel y con David, con los que conquistaron reinos y obraron justicia, y con los que